

queñeces de la vida íntima.

Con los ancianos y los niños, como con las mujeres, es siempre suave, siempre dulce, siempre respetuoso el verdadero caballero. El que es altivo é insolente con los viejos, ó duro con los niños, bien podemos considerarlo, aunque vista fraco, de más vil ralea que un carretero.

De Sur América.

En Lourdes

Era uno de aquellos ricachones quíenenes, según el decir de la gente sencilla, "revuelven con pala, las monedas de oro" Altotote y ancho y robusto no tenía nada de terco; de un volumen enorme parecía que ocupaba dos veces más espacio del que cualquier otro individuo; hablaba recto, andaba sin elegancia y se reía ruidosamente, tenía un modo particular de meter la mano al bolsillo (con-cierto aire de triunfo) como quien quiere volver sus bolsillos al revés para sacar de ellos puñadas de dólares y ostentárselos delante de la multitud. Personas y no pocas manifestaban admiración por él otros en mayor número le tenían una envidia espantosa; nadie en este mundo le amaba sino su hija única.

Esta, llamada María, acababa de cumplir sus veinte años. Vivía con su padre en un suntuoso palacio del cual era ella, incontestablemente, dueña y señora. Madre, ya no la tenía, ni hermanos ni hermanas. Su padre le había procurado esmerada educación en un convento de los eñ boga, únicamente porque el buen tono así lo exigía y porque allí la pensión costaba los dos ojos de la cara. En el colegio, la niña había aprendido cuanto conviene saber a una joven de alta categoría, de lo cual su señor padre se sentía muy ufano (él que no había conseguido siquiera el diploma de estudios primarios) y lo que mas vale, había adquirido una cosa de la que su padre, ay! poco o nada se acordaba, quiero decir, el amor a Dios y al prójimo.

María era una cristiana a carta cabal, mientras su padre, hombre de negocios, casi nada de cristiano tenía. Para él, la religión era algo así como un arte de recreación, sin el cual la educación de una mujer sale incompleta. Dejaba a María, eso sí, plena y entera libertad de frecuentar la Iglesia, pero con tal de que él no estuviese en la obligación de acompañarla. Los días de ayuno, podía ella alimentarse con toda clase de pescados así ó asados, siempre que sentada frente a su hija, pudiera él comer su buen plato de carne. María que sufría, y mucho, al ver la indiferencia de su padre, habíase valido de mil medios para convertirlo a sus ideas pero sin obtener ningún resultado. El hombre de negocios se contentaba con engocerse de hombros.

Un día, nuestro negociante tuvo un ataque benigno. Encontráronlo casi sin vida y lo llevaron a su casa de habitación amoratado ya. En aquel momento, creyendo la joven que su padre iba a morir sin confesión, tuvo un miedo horroroso por lo que resolvió como dice el refrán "quemar sus naves," y arriesgar el todo por el todo, con el objeto de salvar a aquella alma de la cual Dios un día le pediría cuenta. Tan pronto como su padre hubo abierto los ojos, la caritativa enfermera le ofreció llamar a un sacerdote; más él enfermo, nada contestó. Llamaron siempre al Cura Párroco. El rico ese lo recibió cortesmente así como hubiera recibido a cualquier accionista de las muchas Compañías que él administraba. Tratose del curso de la Bolsa, del casamiento de Fulanito con Zutana más, o de Dios, del cielo ó del infierno, ni una palabra. Volvió a visitarle el Pastor dos ó tres días después, el capitalista lo invitó a cenar, el hombre de Dios habló de sus pobres, el del ataque fué hasta ofrecerle veinticinco dólares. Y con eso todo se acabó!

Al día siguiente María, dijo a su padre. "Me haréis morir de dolor" ¿Porqué me habéis hecho educar en una religión que vos no practicáis? Padezco extremadamente de esta odiosa separación moral entre nosotros.

El contestó: Mi amada hija, no pido que tú juegues en la Bolsa conmigo. Ve a entretenerte a la Iglesia, como gustes; pero no procures arrastrarme allá. Eso, a mí no me entretendría de ningún modo. Rebelóse la joven, quiso discurrir, leyó a su padre el relato de varias curaciones milagrosas que poco antes se habían verificado en Lourdes.

Este la detuvo con una palabra: "No creo en tus curaciones. Son estos, inventos de maníacos estipendiados; eso no puede ser."

¡Oh padre mío! Tanto quisiera yo que presenciáramos una de aquellas siquiera! Desde entonces, ya no podríais negar. Por toda contestación, su padre poniéndole la mano sobre el brazo le dijo: "Oye, María! Consiento en pagar los gastos del viaje, y si el niño Durand logra su curación en Lourdes, entonces sí, creeré en tus milagros."

El pequeño Durand era el hijo de su portero, pobre raquítico reducido a quedarse sea en una cama sea en un cochecito, a consecuencia de una coxalgia arraigada. Estalló un verdadero estupor en la casa. Los criados todos sabían que el amo era: si no hostil a lo menos indiferente en materia de religión. Y he aquí que él mismo iba a llevar a Lourdes a ese niño infeliz, desde mucho tiempo desahuciado por los médicos al parecer condenado a morir de languidez y consunción! Qué prodigio! Será para dar gusto a la señorita; decían los criados. El, pobre niño, él parecía como transfigurado, desde el momento en que tuvo conocimiento de la gran noticia. Su semblante antes tan pálido

se reanimó, embellecido bajo el influjo de una dicha celestial. Sus ojos azules brillaban de alegría.

En cuapto a María, sentía que de no alcanzar la curación tan ardentemente deseada, ya nada podría obtener de su padre, enfin, veía claramente que el asunto aquel era para ella cuestión de vida ó de muerte. Entre tanto que ayunaba castigaba su cuerpo y multiplicaba las obras de misericordia, la joven no cesó de rezar el Rosario durante todo el viaje. No bien había llegado a Lourdes cuando corrió hacia la gruta y allí pasó la noche en oración, con los brazos en cruz.

Al amanecer, trajeron al pequeño Durand a la piscina. Su madre le acompañaba llorando a lágrima viva, María temblaba de pies a cabeza. Al salir el niño del agua, le faltó a la joven todo valor; no se atrevió siquiera a interrogarle; pero este tuvo una sonrisa radiosa al mirar a su bienhechora, diciéndole al oído: "Señorita siento que recombraré mi salud;" María luego se deslizo en lágrimas. Pasaron los días. El hombre de negocios se paseaba ostensiblemente de la mañana a la tarde por las montañas, aparentando ignorar por completo la existencia de la gruta milagrosa. Nunca jamás pidió noticias respecto a Durand. La niña por su parte no hablaba de su protegido. Con todo, al tercer día, el enfermito había podido dar vueltas en su cochecito y al quinto, se había podido sentar.

Al amanecer, del noveno día, el hombre de nuestro relato salió en coche y no se dejó ver hasta la hora del almuerzo. Al regresar al hotel, algunos minutos antes del mediodía encontró a su hija quien estaba esperándolo en el comedor pegado tan pálida que a él se le vino el pensamiento de que ella estuviese enferma del pesar, y entonces una mala sonrisa contrajo sus labios recién afeitados. Sentóse sin decir palabra, extendió su toalla, examinó el menú. Pero he aquí, que una voccecita bien clara, detrás de él, murmuró suavemente: "Señor, queréis darme la licencia de serviros?" Bruscamente miró el negociante hacia atrás y vió al pequeño Durand de pie, vestido y calzado como cualquier otro niño, con una servilleta en la mano.

Quiso gritar, su voz se ahogó en la garganta, tan sólo pudo abrir los brazos y atraer a su María sobre su corazón. Y mientras la hija daba fuertes y profundos sollozos, lloró también el padre sus primeras lágrimas de hombre, lágrimas de arrepentimiento, de admiración y amor.

Desde las primeras horas del día siguiente, los peregrinos pudieron notar que el hombre de negocios había recibido la sagrada comunión en la gruta, entre su hija y el hijo de su portero. Nuestra Señora de Lourdes contaba con un devoto más.

JOSE PIETTE
S. DE M.

Imprenta San José